

Puede decirse que toda la política oriental iniciada por José y por la zarina se estrelló en el antagonismo que de antiguo existía entre el Austria y la Prusia, y que subsistía á pesar de todas las protestas de amistad y de consideración que se hacían por ambas partes. El rey de Prusia, con todas sus inclinaciones sensualistas y devotas, era un excelente heredero de su tío Federico, y proseguía, bajo la influencia del ministro conde Hertzberg, la antigua política consistente en hacer todo lo posible para perjudicar al Austria y para engrandecer su propia monarquía. Prusia codiciaba, al Norte, la Pomerania sueca, y para redondear sus territorios al Este, deseaba conquistar las ciudades de Danzig y de Thorn, un trozo de Polonia hasta el Warthe y Kalisch y Posen (1). Pretendía que Austria cediese á Polonia la Galitzia y la Bukowina, recibiendo, á cambio de estas dos provincias, la Moldavia y la Valaquia; y con arreglo á estas ideas que hasta 1790 informaron la política prusiana, el 3 de abril de 1788, es decir antes de comenzar la guerra propiamente dicha en el Sur de Hungría, el conde Hertzberg manifestó al embajador austriaco en Berlín que Galitzia reportaba escasa utilidad al Austria y mantenía la rivalidad entre ella, la Prusia y la Rusia; que los Principados Danubianos reportarían doble ventaja al Austria, y que Prusia negociaría la paz, á cambio solo de Danzig, Thorn y algunas aldeas situadas en los territorios de estas ciudades (2). Durante la campaña, Prusia hizo aprestos para un caso de guerra; los regimientos de la provincia de Prusia recibieron la orden de estar preparados para la marcha, y se trató con todo empeño de asegurar la adhesión de los amigos antiguos y de crearse otros nuevos. En 13 de agosto de 1788 la Prusia firmó una alianza con Inglaterra, dirigida contra Francia y contraria á la opinión de la corte de Austria en la cuestión turca. Alióse también con el llamado partido patriótico de Polonia, prometiéndole auxilio contra Rusia, y despertó en él la esperanza de reconquistar la Galitzia (3). Ya en 1788 se notaba la mano de Prusia en las cosas de Bélgica y de Hungría, y el embajador prusiano en Constantinopla recibió el encargo de hacer brillar ante la Puerta la perspectiva de conservar incólume su territorio y, en todo caso, de formar una alianza con Prusia. Con tales manejos no se proponía esta potencia entrar en guerra formal contra el Austria, sino dominar la política oriental de Austria y de Rusia por medio de una intervención armada. José II estaba perfectamente enterado de todas estas «maquinaciones,» como las llamaba su embajador. El emperador que, con razón, estaba descontento del resultado de la campaña del verano de 1788, consideró imposible la continuación de la guerra, desde el momento en que Prusia quería intervenir en favor de Turquía. En repetidas cartas pidió consejo al canciller de Estado considerando como el mejor medio de hacer fracasar los planes de Prusia firmar la paz con la Puerta con ó sin el asentimiento de Rusia. Desde Semlin, escribía en 28 de octubre de 1788: «No dudo de que habeis seguido los pasos y los designios del conde Hertzberg, que hacen precisas, por nuestra parte, serias medidas. Se trata nada menos que de obligarme á hacer concesiones y de promover un levantamiento en Hungría, sin tener en cuenta la idea de Hertzberg respecto de una futura paz entre nosotros y la Puerta. Rusia conoce estas pérdidas intenciones; conocidas son las declaraciones de Prusia á Polonia y á Dinamarca (4); Rusia debía estar convencida de que nada puede hacerse contra Turquía mientras el rey de

(1) Häusser, *Historia alemana*, I, 235.

(2) Gerson Wolf, *Austria y Prusia*, 169.

(3) G. Sybel, *Historia de la época revolucionaria*, 1877, I, 153.

(4) Una enérgica declaración de Prusia obligó á la corte de Copenhague á permanecer neutral. Sybel I, 159.

Prusia no haya sufrido una humillación; Francia se encuentra en igual caso, pues Prusia se une con Inglaterra y con Holanda; por tanto el único medio de contrarestar la acción prusiana sería una alianza entre Francia y Rusia y firmar cuanto antes la paz con la Puerta.» En noviembre, quejábale todavía José del modo lastimoso de dirigir las operaciones que tenía la Rusia, y decía que, ante la perspectiva de una doble guerra, nada deseaba tan ardientemente como firmar la paz, y que deseaba se hiciera sobre la base del estado de cosas anterior al rompimiento de las hostilidades (5). Kaunitz, que no estaba tan convencido como el emperador de la inminencia de la guerra entre Prusia y Austria, dijo que convenía proseguir con toda energía la guerra y posesionarse especialmente de la Valaquia para servirse de ella como de objeto de permuta. Por esto aconsejó que se renovara y cultivara la alianza de Rusia, «por ser cosa prudente, útil y necesaria, tanto mas, cuanto que la potencia que mas deseaba ver á la Rusia destruida «era el mas peligroso enemigo de Austria,» la corte de Prusia (6). Otro motivo para que José deseara la paz eran las pérdidas sufridas en hombres y dinero: en 1788 habian perecido ó sido hechos prisioneros 12,000 hombres; pero desde junio de 1788 hasta mayo de 1789, fallecieron en los hospitales 33,000. La guerra costó además unos 112 millones, y los 16 millones que habia prestado Rusia habian desaparecido rápidamente. Para el año 1789 se habian destinado de antemano 70 millones, proponiéndose, para cubrir esta cantidad, un impuesto sobre la renta que motivó general resistencia.

Las tentativas de paz parecían efecto de meras ideas personales de José II, pues ni Rusia ni la Puerta se inclinaban á ella, antes al contrario hicieron grandes preparativos militares durante el invierno. Los rusos atacaron, en 17 de diciembre de 1788, Oczakoff, y el joven sultan Selim III se sentía mas inclinado á la guerra que el pacífico Abdul Hamid que habia fallecido en 27 de abril. Las tentativas de paz no dieron pues mas resultado que hacer que comenzara muy tarde la campaña de 1789, la cual, sin embargo, fué conducida con mucha mayor energía y mejor suerte que la de 1788. La zarina instó á José para una acción comun y Kaunitz hizo inauditos esfuerzos para renovar la alianza de 1781, y al fin en 20/30 de mayo se renovó la alianza por ocho años, llevándose á cabo el compromiso por medio de cartas que entre sí cambiaron los soberanos. En dicha correspondencia, reprodujeron estos sus promesas por sí y por sus herederos, comprometiéndose además á renovar la alianza antes de transcurridos los ocho años, con las ampliaciones y modificaciones que exigieran las circunstancias (7). El ejército austriaco fué completado y se dispuso todo para tomar una enérgica ofensiva. Confióse el mando supremo de las tropas al general de caballería, conde Kinsky, durante el invierno, y desde la primavera al anciano presidente de la guerra, conde Hadik, quien llegó en 4 de mayo á Semlin, trasladando muy luego el cuartel general á Weisskirchen. Hasta principios de junio, época en que terminaba el armisticio, no se trabó ningun combate, ocupándose preferentemente en distribuir las tropas de manera que el banato y Sirmio quedaran asegurados contra todo ataque del enemigo. Habiendo enfermado Hadik, fué separado del mando (28 de julio), y nombrado general en jefe Laudon que habia co-

(5) Cartas de José de 2, 26 de agosto, 15, 29 de setiembre, 28 de octubre, 7, 17, 24 de noviembre.—Armeth, Beer, G. Wolf, obras citadas.

(6) Kaunitz, *Memoria sobre la renovación del sistema de alianza*, 10 de marzo de 1789. G. Wolf, Apéndice VIII.

(7) Cartas de José y de Catalina II, de 20, 30 de mayo de 1789, Armeth, 333-36.

menzado la guerra en la Croacia, apoderándose de Berbir, y cuyo nombramiento reclamaba hacia tiempo la opinión pública. Al llegar Laudon al cuartel general, procedente de Semlin (14 de agosto), dijo á sus generales: «Aquí no hay que pensar en retirarse, sino que es preciso vencer.» La guerra, en general, tomó otro aspecto, sobre todo cuando el principal cuerpo de ejército de los turcos se dirigió á Moldavia para atacar á los rusos. El grueso del ejército austriaco tomó entonces la ofensiva; el teniente general, príncipe Hohenlohe, derrotó, en 3 de agosto, á un ejército turco de 8,000 hombres, en el paso de Bozdaer, y al llegar á Toksan la noticia de esta derrota de los turcos, Elerfay los expulsó de Mehadia derrotándolos por completo en 28 de agosto. Despues de estos triunfos, recibió Laudon del emperador la orden de seguir adelante y de librar una batalla, si era preciso, y Kaunitz escribió á Laudon: «Adelante, *audaces fortuna juvat*.» Viendo ya asegurado el Sur de Hungría contra los ataques de los turcos, Laudon reunió el grueso del ejército, atravesó el Save y comenzó, en 18 de setiembre, el sitio de Belgrado, cuya posesión era el objeto principal de la campaña. El ejército sitiador se componía entonces de 40 batallones y 30 escuadrones: los voluntarios serbios cubrían los pasos del Danubio y del Save, y el teniente coronel Mihalo-witz ocupaba con su partida la comarca que se extiende desde el Drina hasta las cercanías de Moravia. Un destacamento atacó y destruyó en 16 de setiembre la escuadrilla que los turcos tenían en el Danubio; el día 30 dióse el primer asalto á las fortificaciones exteriores, y en la tarde del mismo día fué tomado el arrabal y bombardeada la fortaleza. El joven archiduque Francisco entró allí por vez primera en fuego. En 7 de octubre, el comandante Osman Bajá entregó la plaza, firmándose el día 8 las condiciones de la entrega. La guarnición pudo salir libremente y el comandante, conde Wallis, permitió que salieran también los griegos que profesaban la religión mahometana, «porque, segun decía, ningun provecho podia sacarse de tan mala gente:» 300 cañones, con muchas municiones, los buques y la caja de guerra cayeron en poder de los austriacos. Feliz suceso fué este para toda la monarquía y especialmente para Viena, donde renació la animación general. El emperador, cuando en 12 de octubre recibió la noticia, escribió: «¡Que yo no haya podido encontrarme allí! ¡Es terrible estar enfermo!»

Despues de la toma de Belgrado, todas las plazas fuertes desde el Drina hasta el Tiurok fueron cayendo una á una en poder de los austriacos. Semendria, Kladowa y otras fueron tomadas, y no era ya difícil penetrar en Servia y arrojar de allí á los turcos. El ejército austriaco no se aprovechó sin embargo de su victoria; así es que solo pequeñas divisiones mandadas por los generales Chernel, Oton y Wantersleben siguieron avanzando, de suerte que la parte occidental y meridional de la Alta Servia, especialmente la Krajna, quedó ocupada por los austriacos, mientras los turcos ocupaban todavía la Baja Servia. Laudon, despues de la toma de Belgrado, pasó á sitiar la plaza de Neuorsowa, cuyo sitio se prolongó hasta el año 1790. En el ala izquierda, triunfaron también los austriacos que, mandados por Coburgo, lucharon unidos con un cuerpo ruso á las órdenes de Suwaroff. Despues de la batalla de Toksan (31 de julio), fué derrotado el ejército turco en Martinestye, junto á Kimnik (22 de setiembre de 1789), quedando completamente destruido. Los austriacos conservaron en su poder la Moldavia y la Valaquia, toda la línea del Save y del Danubio, la mitad de la Servia y la Bosnia (1).

El éxito de la campaña de 1789 habia sido feliz y con un

(1) *Historia detallada*, III, 95-223, IV, 102-191.

poco de energía y de celeridad podia conseguirse aun mucho mas en una tercera campaña. En Europa, era general la creencia de que el ejército turco quedaria destruido; y si la Puerta se salvó fué porque ninguna de las dos potencias sus enemigas protegió las conquistas de la otra. Durante el invierno de 1789 á 1790 suspendióse la lucha, y en 1790, antes de que se inaugurara la campaña, las fuerzas del Austria quedaron debilitadas por la muerte de José II y por la movilización de Prusia. Poco despues, se firmó el armisticio y al poco tiempo la paz que no guardó proporcion con los triunfos conseguidos.

El emperador en la campaña de 1789, lo mismo que en la de 1788, no habia perdido nunca de vista la paz, inclinándose á devolver á la Puerta todas las conquistas que habia hecho, á excepcion de Belgrado. En 1790, escribía aun á la zarina manifestándole cuán necesaria le era la paz y cuán seguro podia creerse el ataque de Prusia y de Polonia; y añadía que, en recompensa de los grandes servicios que durante los dos años de guerra habia prestado á Rusia, la zarina podia ayudarle á conservar su reino. Kaunitz y José deseaban convencer á Rusia de la conveniencia de limitar la guerra turca á una defensiva y oponer á Prusia una parte de su ejército. En la crítica situación en que se encontraba, Kaunitz concibió la idea de quitar á Prusia el concurso de Inglaterra, aliando á esta con el Austria, pero el tiempo y los sucesos apremiaban, pues Prusia seguía haciendo en todo la oposición al Austria y reunía en torno suyo todos los elementos hostiles á su rival; animaba á los turcos en su resistencia; trataba con Polonia para formar una alianza; intervenía en los desórdenes de Bélgica y aseguraba á los húngaros descontentos que les garantizaría su Constitución. La corte de Prusia saludó con júbilo la revolución que estalló en Francia, porque de esta suerte la corte imperial no podría ya contar con la nación francesa (2). Desde 1789, Prusia se presentó al frente de la oposición continental contra el Austria, por mas que el rey y su ministro no pensaran seriamente en la guerra. El rey escribía á Hertzberg, diciéndole que deseaba que Prusia llevara á cabo sus conquistas en Polonia sin luchar y que, en este caso, no tenia inconveniente en dejar al Austria la Valaquia, añadiendo que solo en el caso de que el Austria se negara á ceder de buen grado la Galitzia, rompería las hostilidades é impondría al emperador otras condiciones (3). El emperador comprendía toda la gravedad de su situación; pero Kaunitz no parecia convencido de que fueran formales las intenciones belicosas de Prusia contra el Austria y creía únicamente que era bueno prepararse para cualquier evento que presentarse pudiera (4).

En la corte de la zarina se opinaba de la misma manera. Cobenzl escribía (5): «He instado vivamente á Rusia á que siguiera nuestro ejemplo y reuniera todos los medios disponibles para oponerse á los ataques de Prusia y de Polonia, manteniéndose á la defensiva respecto de los turcos y tomando la ofensiva contra el nuevo enemigo, mucho mas peligroso que aquellos.» Manifestó también su creencia de que el ataque por parte de Prusia y de Polonia contra el Austria se verificaría probablemente durante la primavera siguiente, y añadió que Rusia podia tomar sus precauciones para que Polonia no penetrara en un país indefenso y que Austria se pondría en estado de defensa contra Prusia. Para obligar á Rusia, recibió Cobenzl el encargo de manifestar que si no se

(2) Sybel, I, 161.

(3) Sybel, I, 162.

(4) Véase la Memoria del emperador, *Consideraciones acerca de la situación del Estado*, de 22 de marzo de 1789, G. Wolf, 195-197.

(5) 11 de enero de 1789. Ranke, II, 146. Nota.

firmaba la paz con Turquía, el emperador consentiría en que Prusia hiciera una nueva adquisición. Con esto aludía claramente á una nueva desmembración de Polonia y á la necesidad de suspender toda acción ante el peligro de la Revolución francesa. El canciller de Estado ruso, Ostermann, no consideró inminentes todos estos peligros, y para tranquilizar al Austria prometió no destinar á la guerra turca mas que una parte de su ejército y tener, hasta mayo, 40,000 hombres en Livonia y los cosacos de Ucrania preparados para marchar contra Polonia.

Entre tanto había ocurrido la insurrección de los Países Bajos, acontecimiento que de rechazo influyó en la conducta de los rusos y que les quitó las ganas de proteger al Austria. José y Kaunitz, con sus repetidas instancias, no consiguieron sino que durante el invierno de 1789 á 1790 se entablaron en Constantinopla negociaciones de paz, y los últimos meses del año 1789 transcurrieron sin que estas negociaciones adelantaran un paso. Rusia deseaba continuar la guerra para poder imponer la paz; Prusia influía directamente contra la paz y firmó con Turquía por conducto del plenipotenciario prusiano Diez, en 30 de enero de 1790, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, tratado que iba mas allá de lo que entonces se creía, pues entre las comarcas cuya reconquista se prometía á los turcos, estaba comprendida la Crimea. Hertzberg se guardó de ratificar esta cláusula, pero á pesar de esto el tratado fué bien recibido en la corte de Prusia. El rey esperaba con impaciencia su conclusión, pues pensaba ya seriamente en medir sus fuerzas con el Austria; y podía darse por seguro que en los primeros meses de 1790 estallaría la guerra contra esta potencia. Un ejército turco debía atacar á los austriacos desde la Bosnia, mientras el ejército prusiano, procedente del Norte, pasaría la frontera. Desde el mes de enero de 1790, comenzó el Austria á hacer sus preparativos. «Como las circunstancias, escribía José á Laudon (1), demuestran cada vez mas claramente, hasta el punto de no dejar duda ninguna, que en la primavera seremos atacados por la Prusia unida con Polonia, os ruego que me deis vuestro parecer acerca del plan que os he comunicado relativo á la distribución de las fuerzas del ejército, á fin de que, en la medida que las circunstancias lo permitan, todo esté preparado para la época oportuna.» El mando supremo fué confiado á Laudon; una parte del ejército del Sur, 130,000 hombres, debía dirigirse á Bohemia y Moravia, teniendo como centro de operaciones á Koniggratz: 100,000 hombres debían quedarse en el banato á la defensiva y 30,000 fueron destinados á guarnecer á Galitzia, á las órdenes de Wallis y de Coburgo. El Austria se encontraba en una situación peligrosa que destruía su política exterior y que amenazaba su posición en Europa y aun su existencia misma. El auxilio de los rusos era inseguro; la alianza con Francia, país que seguía en plena revolución, estaba ya disuelta; Bélgica se consideraba perdida, y en Hungría y Polonia todo se preparaba, al parecer, para una revolución.

Ante el peligro de un conflicto general, José había trabajado oportunamente en pro de la paz; pero todas las tentativas que llevaba hechas habían fracasado: él mismo se encontraba al término de su jornada. Desde que había vuelto enfermo de la campaña de 1788, no había podido restablecerse; en 14 de abril de 1788 depositó su testamento en el archivo de palacio y pasó casi todo el invierno de 1788 á 1789 en su habitación. Los médicos le recomendaban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu, pero su imaginación y los cuidados que el porvenir del reino le inspiraba turbaban la paz de su alma. Además, no permanecía ni un momento inac-

(1) 4 de enero de 1790, Gerson Wolf, obra citada, 238.

tivo. «Por lo menos en mi gabinete de trabajo, escribía á su hermana María, ha de andar mi máquina.» El día 3 de mayo pudo salir de palacio y dar algunos paseos; en el mes de junio se trasladó á Laxenburg y en el otoño á Schönbrunn. En setiembre se sintió tan mejorado que quiso ir á reunirse con el ejército y, á ser posible, hubiera combatido contra Prusia; pero cuando en octubre regresó á la capital, se encontró peor que antes. Los últimos momentos alegres de su vida se los proporcionaron la toma de Belgrado y la victoria conseguida en el Bajo Danubio. En cambio, las noticias que de Bélgica y de Hungría llegaban le impresionaron profundamente. La evacuación de Bruselas fué calificada por José de colmo de «desgracia y de vergüenza;» parecía mas que probable, como hemos dicho, que Prusia se lanzaría á la lucha durante la primavera de 1790; y todas estas noticias funestas precipitaron la muerte del emperador, el cual escribía á Leopoldo de Toscana (2): «Abismado en mi propia desgracia y en la del Estado, y víctima de una enfermedad que me roba todas las distracciones y me hace mas penoso el trabajo, soy actualmente el mas desdichado de los mortales: paciencia y resignación son mis únicas divisas. Tú conoces mi fanatismo, ya puedo llamarlo así, por el bien del Estado, al cual todo lo he sacrificado; la gloria que me rodeaba, la consideración que había conquistado la monarquía, todo se ha perdido. Compadéceme, querido hermano, y que Dios te preserve de encontrarte en situación semejante.» Desde el día de Navidad, la enfermedad hizo terribles progresos: el emperador apenas podía andar ni hablar: de día en día se dejaba postrar mas por su dolor. En noviembre de 1789 derogó las ordenanzas que para Bélgica había dictado, y en 28 de enero de 1790 firmó la derogación de las de Hungría, cuya Dieta sin embargo se negó á convocar diciendo: «Esto sería ponerlo todo en desorden y no satisfaría á nadie; es preciso esperar (3).» Pero José no estaba en el caso de poder esperar: su médico, instado por él, le manifestó (5 de febrero) que su vida podía acabarse de un momento á otro.

El último acto importante de ella fué el confiar al conde Hatzfeld todos los asuntos del reino y crear una conferencia ó consejo para las cuestiones de política exterior (4), compuesto del senescal, príncipe Starhemberg, del mayordomo mayor, conde de Rosenberg, del mariscal Lacy y de Kaunitz. Para «evitar á este toda incomodidad,» permitióle hacerse representar por el consejero Spielmann y por el archivero Collenbach. De esta conferencia salió el acuerdo de nombrar co-regente al gran duque Leopoldo. El emperador conjuró á su hermano en nombre de su amistad y de sus deberes para con el reino, en cuyo trono debían sucederle él y sus descendientes, á que fuera lo mas pronto posible á Viena, añadiendo que sus órdenes debían tener la misma fuerza que si fueran dictadas por el emperador en persona (5). De mala gana y solo por un momento pareció Leopoldo inclinado á acudir al llamamiento. «Debo ocuparme, escribía á su hermana María en 17 de febrero, en los negocios que tan embrollados se encuentran y en la enfermedad y modo de pensar del emperador, pero me sacrifico y obedezco.» Sin embargo al día siguiente cambiaba de parecer y escribía (18 de febrero): «No puedo ir á Viena mas que para asistir á su muerte ó quizás para acelerarla.» Una indisposición le retuvo en Florencia. Solo y abandonado pasó José sus últimos días; únicamente le visitaban el archiduque Francisco, Lacy, Ro-

(2) 21-24 de diciembre, II, 303, 305.

(3) Carta á Leopoldo, del 4 de febrero de 1790, II, 315.

(4) 29 de enero de 1790.

(5) José á Leopoldo, 6, 8 de febrero de 1790, II, 316, 318.

senberg, Dietrichstein, Hadik, Laudon y los secretarios, á quienes dictaba las cartas de despedida á sus hermanos, á la czarina y á las cinco damas, cartas que á duras penas podía firmar su temblorosa mano. En una carta especial, fechada el 16 de febrero, manifestó á Kaunitz su gratitud y su confianza y le recomendó la patria «que tanto quería.» Ninguno de sus hermanos se acercó á su lecho de muerte. La joven archiduquesa Isabel que amaba á José con la ternura de un niño, sufrió tal impresión al verle, que abortó y murió de resultas del aborto. El emperador sintió profundamente este golpe. En la mañana del 20 de febrero de 1790 se sintió muy mal, y murió tranquilamente despues de una breve agonía, estando presentes á su muerte tan solo su confesor, su médico, el archiduque Francisco, Lacy, Rosenberg y Dietrichstein. El embajador prusiano escribió: «Pocos ejemplos se dan de una muerte tan resignada.» José murió como hombre animoso y fiel á sus deberes hasta el último momento. Sus allegados decían que se había causado á sí mismo el mal que lo llevó á la tumba, y en efecto su salud se resintió prematuramente de la extraordinaria actividad de su vida; pero ¿quién puede decir hasta qué punto el fracaso de sus planes y la pérdida de sus esperanzas contribuyeron al desarrollo de tan triste enfermedad? Un contemporáneo escribe (1): «Nueve años antes de subir al trono, había sido venerado como instrumento de Dios, esperándose de él todo lo mas grande, todo lo mas famoso, casi lo imposible: ahora le conducen al sepulcro como una víctima expiatoria de la época. Ningun emperador, ningun mortal trabajo ni se es-

forzó con tanta actividad como él; ninguno sufrió como él la desgracia, no solo de tener que renunciar, ante la muerte, que le sorprendió en los mejores años de su vida, al logro de sus planes, sino de haber de destruir en los últimos momentos, y cuando estaba concluida, la obra á la cual había consagrado todos los trabajos y cuidados de su existencia.»

Hasta pocos días antes de su muerte no se supo en Viena que el estado del emperador no ofrecía esperanza alguna, y apenas se esparció la noticia se dijo: «¡Le han envenenado!» En Bohemia, Galitzia y Hungría decían los labradores: «No ha muerto, sino que lo han encarcelado; pero volverá.» Muchos hablaban de él en tono de burla, pero con aflicción. Con él parecía haber sido enterrado lo que había dado en llamarse el *sistema*; el antiguo Estado, el antiguo orden de cosas, los antiguos derechos podían renacer uno tras otro, pero la mayor parte de sus instituciones le sobrevivieron.

Su gobierno fué un gobierno fuerte y enérgico, que destruyó el antiguo orden de cosas establecido en Austria por los Fernandos y con él la soberanía feudal y eclesiástica; fomentó la cultura alemana, estableció la igualdad ante la ley, abrió nuevos horizontes á la industria y al comercio, concedió al trabajo libre los derechos que le eran debidos, hizo ingresar de nuevo en la población á los ciudadanos y á los aldeanos como miembros vivos de la misma nación, impulsó la actividad y creó la libertad interior, que no pudieron destruir los gobiernos sucesivos y que no podrán matar en ningun siglo la deslealtad ni la perfidia.

## LIBRO CUARTO

LEOPOLDO II (1790-1792)

por el Dr. Juan de Zwiedineck-Sudenhorst

Bibliotecario de la provincia de Estiria y catedrático especial en la universidad de Graz

### I.—LEOPOLDO Y LA PAZ

Gobierno de Leopoldo en Toscana.—Relaciones de Leopoldo con José II.—Opinión de Leopoldo sobre las reformas josefinas.—Su advenimiento al trono.—Aproximación á Prusia.—Antagonismo entre Leopoldo y Kaunitz.—Tratado de Reichenbach.—Coronación de Leopoldo como emperador.

Leopoldo (Pedro), hijo tercero de María Teresa, había nacido en 5 de mayo de 1747; de suerte que al morir José contaba 47 años de edad y se encontraba, por tanto, en la plenitud de su vida. Medianamente grueso, casi macizo, llevaba en su semblante mas bien los rasgos característicos de la familia de Lorena, que los de los Habsburgos. La educación de Leopoldo, lo propio que la de su hermano que contaba tres años mas que él, fué confiada al ayo de José II, conde Carlos Bathiany, á quien ayudaba en esta tarea el segundo ayo conde Felipe Künigl. Despues de la muerte del archiduque Carlos (1761), fué agregado á los ya citados el tercer ayo, Francisco Thurn-Balesassina, que posteriormente acompañó á su discípulo á Toscana. El jesuita Francisco Lochner fué su confesor y como maestros tuvo á Jacobo Sauboin y á Juan Brasseur. La enseñanza comprendía el latín,

(1) Herder, *Cartas sobre la humanidad*, I, 118.

el francés, el italiano, el bohemio, la ciencia del derecho, la ciencia política, la historia, las matemáticas y las ciencias naturales. En sus opiniones acerca de la Iglesia, ejercieron gran influencia las tendencias febronianas que en punto á teología dominaban en la universidad de Viena.

Desde los primeros años de su juventud, fué destinado Leopoldo al gobierno de un Estado italiano; pues sus padres se proponían casarle con la heredera de Módena, pero despues ocupó su lugar el archiduque Fernando Carlos, mientras él, ocupando el puesto que había tenido el citado archiduque Carlos, recibía el gran ducado de Toscana, que Francisco I había destinado al segundogénito de su familia, en virtud de un diploma de 14 de julio de 1763. El heredero de la corona, José, dió en el mismo día su consentimiento á esta disposición, y en 2 de enero de 1765, el emperador, como gran duque de Toscana, cedió aquel territorio á su segundo hijo. Estos arreglos eran condiciones preliminares para el matrimonio de Leopoldo con la infanta de España María Luisa, que se realizó por procuración en 16 de febrero de 1765, y que se celebró solemnemente en Innsbruck el día 5 de agosto del propio año. Los festejos de la boda hubieron de suspenderse á causa de una indisposición de Leopoldo y poco despues por la muerte del emperador Francisco, el cual, como hemos dicho, fué mortalmente herido en